

María Zambrano

La confesión

Género literario y método

Prólogo de Victoria Clemente Legaz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hicieron María Luisa Maillard y Pedro Chacón en el Vol. II - Libros (1940-1950) de las OO.CC. de María Zambrano, 2016.

Primera edición: enero de 2026

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de cubierta: Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2016
© del prólogo: Victoria Clemente Legaz, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-118-7

Depósito legal: M-19852-2025

Printed in Spain

Índice

- 9 Prólogo. Confesar la vida, por Victoria Clemente Legaz

La confesión. Género literario y método

19 I

- 30 La confesión, género literario
36 La confesión, revelación de la vida
44 Las confesiones

63 II

- 68 La figura del hombre nuevo
70 La evidencia
75 De la originalidad a los abismos del corazón
79 Juan Jacobo
80 Historia y confesión
83 Un corazón natural
86 El paraíso artificial
93 El surrealismo
100 Los hombres subterráneos

Prólogo

Confesar la vida

¿Es la confesión un método para la expresión total de la vida? ¿Podrá ser ese gesto frágil y arriesgado el que abra, todavía hoy, el corazón cerrado del ser humano? Preguntas que parecen venir de otro tiempo y que, sin embargo, también pertenecen al nuestro, señalan una experiencia universal: la dificultad de decirnos en verdad, de ofrecer la vida sin máscara y dejar que lo íntimo comparezca sin quedar reducido a doctrina.

A estas cuestiones responde María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904 – Madrid, 1991), la filósofa española más decisiva del siglo xx, cuando escribe *La confesión: género literario y método*. Publicado en *Luminar* en los años cuarenta y recogido después en *Los Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*

(1953)¹, este ensayo traza un cauce vivo por el que lo indecible encuentra palabra y lo relegado por la razón logra, al fin, manifestarse.

La confesión se enmarca en una trayectoria que Zambrano había abierto en sus escritos iniciales. Ya en 1928, en el artículo «Nosotros creemos», publicado en *El Liberal*, advertía que rehuir la propia vida equivalía a renunciar a aquello que nadie podría vivir por nosotros, y concluía: «Se trata, pues, de ser fiel a sí mismo, limpio espejo de la interior realidad»². En esas palabras se anuncia ya la exigencia de fidelidad a lo íntimo, de una vida que se sostenga unificada en su verdad más honda. Pocos años más tarde, en 1932, escribía a Ortega y Gasset para confesarle su necesidad de «clarificarse»³. No se trataba de un mero empeño intelectual, sino de una exigencia vital de unidad. Esa necesidad acompañará siempre su pensamiento y hallará un nuevo cauce en *Hacia un saber sobre el alma*⁴, publicado en Buenos Aires en 1950 y compuesto por ensayos escritos entre 1933 y 1945. En ellos aparece ya

1. María Zambrano, *La confesión: género literario y método*, en *Obras completas II. Escritos 1939-1948*, ed. Jesús Moreno Sanz, con la colaboración de M. L. Maillard y P. Chacón, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.

2. María Zambrano, «Nosotros creemos», *El Liberal*, 28 de junio de 1928.

3. María Zambrano, *Carta a Ortega y Gasset*, 1932, en Pedro Chacón (ed.), *Confesiones y guías*, Madrid: Trotta, 2013.

4. María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza Editorial, 2019.

la convicción de que la filosofía no puede agotarse en el concepto, sino que debe adentrarse en la zona donde lo racional y lo vital convergen, allí donde el pensamiento escucha a la vida y se deja transformar por ella.

El exilio será el escenario decisivo de esta búsqueda. En él, Zambrano pudo mirar la vida en su desnudez: «El exilio –escribirá– no es sólo una circunstancia histórica, sino una condición metafísica»⁵. Desde esa intemperie, la confesión se perfila como un método nacido de la herida, capaz de sostener la vida en la palabra «en espera de recobrar algún paraíso perdido» (pág. 51)⁶.

La confesión se ofrece, así, como doble herencia y como desbordamiento. Herencia de san Agustín, que inauguró el género como plegaria –el recuerdo hecho transparencia ante Dios–, y de Rousseau, que lo llevó al terreno de la autobiografía moderna –el individuo que se expone ante la mirada pública en busca de legitimidad–. Zambrano recoge ambos legados, pero los desborda, pues en su confesión no hay altar ni tribunal, sino que acontece en soledad, frente a la vida desnuda, sin defensa ni absolución. «La confesión surge cuando el hombre se siente a sí mismo escindido, incapaz de reconciliar lo vivido con lo decible»⁷. Y es

5. María Zambrano, *Delirio y destino*, Madrid: Alianza Editorial, 2021.

6. Indicamos el número de página entre paréntesis cuando citamos de la presente edición.

7. María Zambrano, *La confesión: género literario y método*, OC II, pág. 63 de la presentación.

justamente en esa soledad sin altar ni tribunal donde se revela también un límite de la filosofía occidental, que durante siglos se levantó sobre un logos transparente y universal, dejando fuera todo aquello que no cabía en el concepto: la herida, la emoción, la voz del corazón.

En esos mismos años Zambrano escribe *La agonía de Europa* (1945)⁸: si allí confesaba la quiebra de un continente, en *La confesión* nombraba la fractura íntima del ser humano. Ambas obras se reclaman: la Europa desgarrada y el sujeto desgarrado aparecen como dos rostros de una misma intemperie. En esa exclusión, advierte Zambrano, se produjo un vacío: la filosofía perdió el contacto con lo más humano. Y la confesión responde a ese vacío abriendo un espacio donde la verdad no nace de la demostración sino de la vida, devolviendo la palabra a quienes habitan en silencio. «¿Dónde está la verdad que la razón moderna ha depurado para el hombre, para el hombre sencillo?» (pág. 26), se pregunta en una reflexión que vislumbra la necesidad de otro horizonte.

Ya en Job se escucha el eco de esa voz originaria –«horror del nacimiento; vergüenza de haber nacido; espanto de morir; extrañeza de la injusticia» (pág. 39)– y la confesión se reconoce como comparecencia de la verdad elemental. No se confiesa para convencer, sino

8. María Zambrano, *La agonía de Europa*, Madrid: Alianza Editorial, 2023.

para aparecer; tampoco para justificarse, sino para no desaparecer. La vergüenza no es un accidente, sino la experiencia primera de la vulnerabilidad, y es precisamente por ello que confesar se vuelve al mismo tiempo herida y cuidado, técnica del alma capaz de transformar el dolor en aparición.

La confesión, como tal, no adopta nunca un discurso cerrado: es fragmentaria, se quiebra, se interrumpe, oscila entre la oración y el poema, entre la memoria íntima y la meditación. Esa fragmentariedad no es carencia, sino fidelidad a la verdad que se busca mostrar, pues pensar así –en fragmentos, con silencios– es dejar que la vida dicte su propio ritmo. En realidad, la confesión responde a una necesidad radical del espíritu humano: dar palabra a lo que hiere, a lo que se escapa del concepto. Allí donde la filosofía abstracta calla, la confesión ofrece un cauce que sostiene a la vida en su totalidad. Para Zambrano la confesión es «palabra a viva voz» (pág. 32), y en esa voz se reconoce lo que Zambrano llamará razón poética: «un saber que no excluye el temblor y que permite que la verdad comparezca como aparición»⁹. De este modo, se perfila también lo que podríamos llamar una razón confesional: una razón mediadora, nacida de la herida, que intercede entre la vida y el pensamiento, devolviendo al lenguaje su capacidad de amparo.

9. María Zambrano, *Claros del bosque*, Madrid: Alianza Editorial, 2019.

Confesar es igualmente un acto de justicia, porque permite que salgan a la luz los «hombres subterráneos» (pág. 108), aquellos que sostienen el mundo sin figurar. En la confesión comparecen voces históricamente relegadas: la de la mujer, la del cuerpo doliente, la de la palabra íntima. Nombrar la soledad o la vergüenza no es un desahogo, sino un pensamiento que rescata lo oculto. Para Zambrano, la confesión –lenguaje del sujeto– abre un modo de verdad que hace nuevamente habitable el mundo, y allí donde alguien confiesa puede nacer una comunidad mínima, un espacio de escucha y de proximidad.

Así entendida, la confesión tiene una dimensión ética y política, pues se convierte en una guía que orienta al ser humano restituyendo la correspondencia entre lo que hace y lo que es. Frente a un tiempo que multiplica gestos sin alma, confesar devuelve a la acción su pulso humano; frente al ruido, devuelve a la palabra su hondura y su carácter de acontecimiento.

Más de ochenta años después, este texto sigue vivo mientras habitamos otra intemperie: no ya la del exilio exterior, sino la de la saturación de discursos, la sobreexposición digital o la soledad camuflada de conexión. En este contexto, la confesión podría ser brújula discreta que nos invite a recuperar la lentitud y la hondura, aquellas palabras que nacen de la herida, inspirando una filosofía práctica, una pedagogía atenta o una mediación capaz de escuchar.

La confesión, como acto, no puede envejecer porque, lejos de ofrecer doctrinas, es una invitación a practicar la libertad. Su vigencia reside en recordarnos que pensar es también vivir, y que el pensamiento, cuando nace del corazón, se abre al encuentro. Pensar, en este sentido, es adentrarse en lo oscuro del sentir, atender a lo que allí se revela y dejar que las palabras lo descifren, pues al nombrar dan forma y lo hacen presente, respondiendo así a la urgencia del tiempo vivido. En esa fidelidad reconocemos la clave de su actualidad: un pensar encarnado en el cuidado, que da lugar a lo verdadero sin ocultarlo.

Podemos decir, en este punto, que esa búsqueda de un saber nacido del corazón ha estado siempre viva en su obra. Desde los escritos iniciales hasta los de madurez late en Zambrano la convicción de que el pensamiento no se agota en el concepto, sino que necesita arraigarse en el alma. El saber del corazón –que ella misma vinculará al *ordo amoris* agustiniano– se convierte en una orientación interior, en un orden invisible que sostiene la vida y que, al mismo tiempo, constituye un conocimiento capaz de unir lo que tantas veces se ha separado: razón y afecto. Por tanto, no se trata de sentimentalismo, sino de un saber sobre el alma, un saber capaz de acoger la herida y de transformarla en claridad.

No es casual que, en el curso de los años, Zambrano volviera una y otra vez a esa intuición que orienta toda su escritura: la exigencia de un saber capaz de escuchar

al alma. A mediados del siglo xx, en los textos reunidos en Buenos Aires por Losada, esa búsqueda se hizo explícita: allí señalaba la necesidad de una filosofía que no se aparte de lo vital, sino que se adentre en la zona en que la razón se entrelaza con la experiencia vivida y se deja transformar por ella. La confesión aparece, así, como un hilo invisible que recorre su obra entera: desde los escritos de juventud hasta los de madurez, late la urgencia de comparecer con verdad, de dar palabra a lo indecible. Pensar y confesar se vuelven en Zambrano dos gestos de una misma fidelidad a lo íntimo.

Quien se acerque a este libro encontrará una invitación a pensar con el corazón, a decir desde la herida y a dejar que la confesión se convierta en método para vivir con verdad. En definitiva, este texto –núcleo de su pensamiento– nos ofrece la posibilidad de que el alma aparezca en su fragilidad y, en ese aparecer, encuentre, al fin, lugar en el mundo. Para la pensadora, confesarse es atravesar la herida sin quedar presos en ella, devolver al lenguaje su capacidad de amparo a través de ese gesto mínimo y radical que guarda la esperanza: seguir diciendo, con el alma expuesta, para que la existencia no se extinga en silencio y la palabra pueda volverse guía de proximidad, puerta entreabierta hacia otra vida posible.

Victoria Clemente Legaz

La confesión

Género literario y método

I

Cuando la Filosofía hace su historia suele olvidar desdeñosamente lo que deben los hombres a otros saberes nacidos más allá o más acá de ella. Lo que se debe, por ejemplo, a la poesía y a la novela. Tendría razón en ignorarlas y hasta en desdeñarlas si su existencia misma no las necesitara. La Filosofía no necesita supuestos –tal vez sea así– para su ideal existencia, según ella misma establece. Pero si se la considera en la vida de cada hombre, los necesita más que cualquier otro género de conocimiento. No puede compararse con la Religión; la Religión no necesita de condiciones para entrar en la vida de un hombre; ella sola puede penetrar y consumir su vida entera hasta absorberla: las vidas de tantos santos ignorantes, que comenzaron por ser «tocados» cuando eran hombres vulgares o disi-

pados, lo muestra bien a las claras. La Filosofía, por el contrario, necesita el mayor número de condiciones en la vida del filósofo. Si la Filosofía no tiene vida, el filósofo la tiene en mayor grado; ha tenido, en realidad, que transformarse para entrar en la Filosofía.

La Filosofía persigue la verdad según la razón. Pero es un hombre quien esto hace y sucede que puede buscarla y que puede huirla por lo pronto; la verdad transforma la vida.

La Filosofía occidental no ha manifestado en su punto de arranque las condiciones y la forma misma de aquel modo de vida que la ha hecho posible. Sin duda que no ha creído que tendría que detenerse a hacerlo. Sin duda que cuando la Filosofía ha corrido por su cuenta, desprendida ya de la Religión, no se ha detenido a mirar lo que quedaba bajo ella sosteniéndola, en el modesto orden del tiempo. Y sin embargo, no cabe desconocer que una vida que acata la existencia, la sola existencia de la verdad, es una vida en la que se ha operado algún cambio; es ya una vida trasformada, convertida, pues que a toda verdad, por evidente y grande que sea, cabe el responder, con indiferencia y desafío, «¿qué me importa?».

Hubo un filósofo, nada moderno, que manifestó la conversión que lleva consigo el disponerse a buscar la verdad, la transformación que significa para la vida su entrega a ella; por tanto lo que de religioso hay bajo la Filosofía: la religión en que se asienta y sin la cual la